



QUINCE POEMAS DIRECTOS, por *Benjamín Subercaseaux*.

En la primera página de este libro, su autor nos advierte que no es poeta. Le faltan, en realidad, la armonía y el ritmo, condiciones esenciales que tuvieron todos los líricos del mundo y que seguirán siendo requisitos de importancia para alcanzar el nombre de poeta, mal que les pese a los vanguardistas de hoy, empeñados en hacer de la poesía una informe charada sin solución.

Estos «Quince poemas directos» (1) nos presentan a Subercaseaux como a artista finísimo, con la rara virtud de sugerir y de emocionar. Sencillamente, casi sin imágenes, y en las palabras una entonación de canto a la sordina, nos dice sus poemas de transparencia:

Amor

Un día, semejante a los otros.
Se respira en el aire algo de laxitud y de vacío cotidiano.
¡Oh, esta primavera que tarda!, y que tal vez se escurre ya,
afuera, en el tiempo...
Es la divina alegría que huye.

La vi venir, sin embargo, ciega y trémula, el día en que te conocí: una mirada en los ojos, un silencio en nuestras almas, y en mi corazón deslumbrado la canción nueva, aunque ya sospechada. La había oído cantar quedamente, tan bajo, que dudaba... hasta el día en que te conocí.

Y aquello me hacía tanto bien, aunque no osaba llorar en tu presencia. No tenía ninguna esperanza, puesto que ya sabía...

(1) Editorial Nascimento. Santiago, 1936.

Y morí de mi claridad el mismo día en que tantos ciegos renacían a la luz.

En el poema XI, «Arte poética», aparece su ironía sin estridencias, y nos hace ver toda una profesión de fe, que seguramente acogerán entre burlas cuantos han hecho del arte un rito estrafalario para iniciados sombríos.

Enamorado de la vida, en permanente afán de cultura, Benjamín Subercaseaux ya es un nombre de prestigio en las letras chilenas.—C. P. S.



LA NAVE TORNASOL, por *Victoria Barrios*.

Hace diez o doce años, o acaso quince, una niña pálida y morenita ocupaba la tribuna de la Universidad de Chile, en sesión del Ateneo de Santiago, para leer sus primeros poemas. Sorprendieron a muchos la estrofas de esa niña, a quien ningún escritor conocía, y se habló por aquel entonces de una promesa evidente. Pasaron los años sin que publicase ningún libro. Sabíamos que dirigía un liceo de niñas en una ciudad del norte, y alguien nos hizo saber que guardaba inédita una copiosa colección de poemas.

Esta «Nave tornasol» (1) que aparece en estos días nos explica sobradamente su largo silencio. Libro madurado y firme, no tiene las características lastimosas de la obra inicial. Un dominio casi absoluto de la forma y una gran seguridad de visión poética, unidas a una elegante sencillez, hacen que este libro de Victoria Barrios la consagre entre las mujeres que cultivan en Chile la poesía.

El soneto que da título al volumen es buena muestra de sus cualidades líricas:

(1) Editorial Nascimento. Santiago, 1936.